

# Un problema complejo

Jorge Olivera Castillo  
Escritor y periodista  
La Habana, Cuba

La íntegra solución del problema racial en Cuba continuará dentro de los límites de una utopía. Los avances que pudieran concretarse, sobre todo a partir de la instauración de un Estado de Derecho, podrían no contar con un nivel ideal de sostenibilidad. Tales afirmaciones pueden resultar subjetivas y pesimistas, pero no tienen el propósito de desmovilizar actitudes, propuestas y argumentos por la supresión del flagelo racial que continúa afectando a amplios sectores de la población cubana de rasgos africanos.

El asunto tenderá a complejizarse aún más por causa de las características propias del problema, que no siempre se enfrenta con el grado de visibilidad suficiente para tramitar la efectiva denuncia y la presencia de una población mestiza que, en parte, podría abjurar de sus componentes negroides y convertirse en fuerza capaz de atemperar las reivindicaciones de los grupos más combativos, que pugnan por superar cualquier tipo de segregación asociada al color de la piel.

Dado el cúmulo de problemas a resolver, en una sociedad desarticulada tras décadas de descontrol, pobreza y voluntarismo, el conflictivo tema del racismo podría quedarse fuera o en los últimos lugares de asuntos prioritarios en la agenda de los gobernantes de turno. Romper los

esquemas donde el negro figura como un ser humano disminuido con respecto al hombre blanco, en cuanto a inteligencia, valores éticos y estéticos, entre otras categorías no menos importantes de carácter antropológico, es un deseo distante en el tiempo. Esos prejuicios han logrado conservar su vigencia, al margen de oportunas y perseverantes militancias a favor de la igualdad de razas. Cuba no será la excepción.

Hay que convencerse de que el racismo adoptará nuevos camuflajes. Un elemento a tener presente al fundamentar los augurios de segura continuidad de las acciones discriminatorias viene dado por los bajos niveles de conciencia social, a partir de unas condiciones existenciales marcadas por la miseria, la falta de oportunidades económicas y cívicas, y la adopción de patrones anti éticos como vía para librarse de prohibiciones, racionamientos y otras necesidades materiales y espirituales de primer orden. Esas desestructuraciones obran como caldo de cultivo para elevar los índices de polarización social y con ello, mayores probabilidades para seguir mirando con recelo al negro.

En el camino de las reformas anunciadas por el Partido Comunista para remodelar el

modelo económico y así salvar al sistema del naufragio, se perciben ajustes cercanos a una terapia de choque de naturaleza neoliberal. Dar estos pasos sin los necesarios blindajes financieros y sin readecuación del marco jurídico en todas las áreas posibles, es la forma de multiplicar conductas irracionales tales como el egoísmo, la violencia y la enajenación. Por supuesto que, dentro de toda esta amalgama de respuestas en ambiente de supervivencia, hay que ver la cuestión racial como uno de los fenómenos proclives a ampliar sus límites.

Justamente detrás del ¡Sálvese quien pueda! a que se acerca Cuba, se esconden los más viles fanatismos. El negro cubano, sobre todo los de mayor pigmentación, corre el riesgo de recibir una cuota adicional de rechazo. No se puede descartar esta devastadora alternativa dentro de la incierta evolución de cambios propuestos por la élite militar que gobierna al país hace más de medio siglo: una guerra civil.

La materialización de este suceso implicaría el definitivo hundimiento de la nación cubana y un marcado retroceso en los tenues avances alcanzados en materia racial, a pesar de manipulaciones institucionales, olvidos injustificables y uso de la coacción y el castigo contra personas que han denunciado la discriminación racial en Cuba.

Al analizar fríamente el contexto, no es difícil llegar a conclusiones que terminen en el escepticismo o, en el mejor de los casos, contengan visos de soluciones limitadas. La complejidad del escenario fuerza a la cautela y a redoblar los esfuerzos en pos de la concientización ciudadana con respecto al origen y a la persistencia de los desbalances en materia racial. Sin asumir políticas de ayuda directa y masiva a los grupos más vulnerables, los éxitos pudieran ser efímeros y con débil trascendencia.

También es preciso educar tanto a racistas reales y potenciales como a los destina-

rios del desprecio en cualquiera de sus formas. Todos los implicados en este conflicto, independientemente a qué lado pertenezcan, necesitan de una terapia a través de la cual curar sus odios o sus heridas. Obrar con efectividad de manera independiente, bajo la cobertura de un régimen que monopoliza todos los temas de la realidad nacional, es en extremo complicado.

A menudo sucede que la policía cancela determinado evento y amenaza con la cárcel a sus promotores. Salvo raras excepciones, las actividades convocadas por las instituciones oficiales para tratar tópicos relacionados con el tema racial carecen de agenda inclusiva y de la oportuna libertad para expresar los diversos puntos de vista. Todo se circunscribe a un diseño concebido con el fin de generar un ambiente de supuesto interés del gobierno, más teórico que real, por el fenómeno de la polarización racial. Sin embargo, basta con observar la realidad circundante para saber que el problema se difumina en aparentes soluciones y asume otras variantes menos visibles, que sirven de garantía para prolongar el conflictivo tema al paso de las próximas generaciones. Sacar el racismo de las fronteras cubanas proseguirá siendo una asignatura pendiente para los nietos de los que hoy son jóvenes. Nunca faltarán esfuerzos por desvalorizar el problema, suprimirlo o manipularlo, según convenga.

Un cambio de mentalidad, en este sentido, no ha sido posible ni en las democracias más sólidas. Es muy posible que los racistas más reaccionarios de mañana, en vez de blancos, sean mestizos. En Cuba no son pocos los que esconden sus raíces africanas. Buscan a toda costa ser identificados con la clase hegemónica. El índice relativamente alto de mestizaje en la nación cubana se erige como una de las probables causas para que el problema racial adquiera nuevas complejidades en el futuro mediato.